

Domingo 12 abril 2009
El Evangelio de Hoy

Mc 16,1-8

El primer día de la semana

Jesús murió en la cruz un día viernes, el día anterior al sábado en que se celebraba la Pascua judía. Según el ritual de la Pascua, esa fiesta debía celebrarse el día 14 del primer mes del año (comenzaba en el equinoccio de primavera, en el hemisferio norte; de otoño, en el hemisferio sur). Dado que los judíos usaban el mes lunar y que la luna tarda 28 días en un giro completo (de luna nueva a luna nueva), el 14 es siempre sábado (séptimo día) y siempre luna llena.

El Evangelio de Marcos relata: «Al atardecer, como era la Preparación, es decir, la víspera del sábado, vino José de Arimatea... y tuvo la valentía de entrar donde Pilato y pedirle el cuerpo de Jesús» (Mc 15,42-43. Esa tarde, antes de que comenzara el sábado descolgaron de la cruz el cuerpo de Jesús, lo envolvieron en una sábana, lo depositaron en un sepulcro excavado en la roca e hicieron rodar la piedra sobre la entrada del sepulcro. Lucas agrega: «El sábado descansaron, según el precepto» (Lc 23,56). Ni siquiera el amor que tienen a Jesús sus discípulos fue suficiente para que le prestaran a su cuerpo los servicios fúnebres en día sábado. El precepto del descanso sabático obligaba absolutamente, porque se basaba en la actuación del mismo Dios: «Seis días trabajarás y harás todos tus trabajos, pero el día séptimo es día de descanso para el Señor, tu Dios. No harás en él ningún trabajo... Pues en seis días hizo el Señor el cielo y la tierra, el mar y todo cuanto contienen, y el séptimo descansó; por eso el Señor bendijo el día del sábado y lo hizo sagrado» (Ex 20,9-11). Hubo que esperar que pasara el sábado para atender el cuerpo de Jesús como era debido: «Pasado el sábado, María Magdalena, María la de Santiago y Salomé compraron aromas para ir a ungirlo. Y muy de madrugada, el primer día de la semana, a la salida del sol, van al sepulcro».

Tuvo que ocurrir algo muy grande, algo más importante que el descanso de Dios el séptimo día, para que los cristianos dejaran de celebrar ese día y comenzaran a celebrar el primer día de la semana como día sagrado, «día del Señor, dominica dies, domingo». Lo que ocurrió es lo que escucharon las mujeres ese primer día de la semana de labios del joven vestido de blanco que encontraron dentro del sepulcro: «No se asusten. Ustedes buscan a Jesús de Nazaret, el Crucificado; ha resucitado, no está aquí. Vean el lugar donde lo pusieron.

Pero vayan a decir a sus discípulos y a Pedro que irá delante de ustedes a Galilea; allí lo verán, como les dijo».

Nada habría sido suficiente para que ese grupo de discípulos de Jesús, que eran del sector judío más observante, cambiara una observancia que se les había inculcado desde pequeños y que tenía como base la ley de Dios tan claramente expresada en la Escritura. Para que ese cambio ocurriera tenía que mediar un hecho obrado por el mismo Dios y más importante que la creación del mundo. Este es el hecho que proclama San Pedro en la primera predicación cristiana, el día de Pentecostés cuando el Espíritu Santo les concedió la comprensión plena del misterio de Cristo: «A este Jesús Dios le resucitó; de lo cual todos nosotros somos testigos» (Hech 2,32). Con la creación comenzó el tiempo; con la resurrección de Cristo comenzó un tiempo nuevo, el tiempo de la salvación definitiva. En este tiempo nuevo el día del Señor es el primer día de la semana. En la Eucaristía los cristianos recibimos como alimento el Cuerpo y la Sangre de Cristo resucitado, participamos de la vida divina y entramos en la eternidad de Dios.

+ Felipe Bacarreza Rodríguez
Obispo de Santa María de Los Ángeles